

—¿Pues de quién es?

—De mi señora... No ve Vd. la mano... qué chiquita... á no ser que haya *canónigas* también.

—¿Y se usán ahora guantes morados?

—Pues claro... con vestidos de cierto color...

Frigilis encogió los hombros.

—Pero mis semillas, mis semillas ¿quién me las ha echado á rodar?

—El gato, ¿qué duda tiene? el gatito pequeño, el Moreno, el mismo que habrá llevado el guante á la glorieta... es lo más urraca!...

En la pajarera de Quintanar cantó un jilguero.

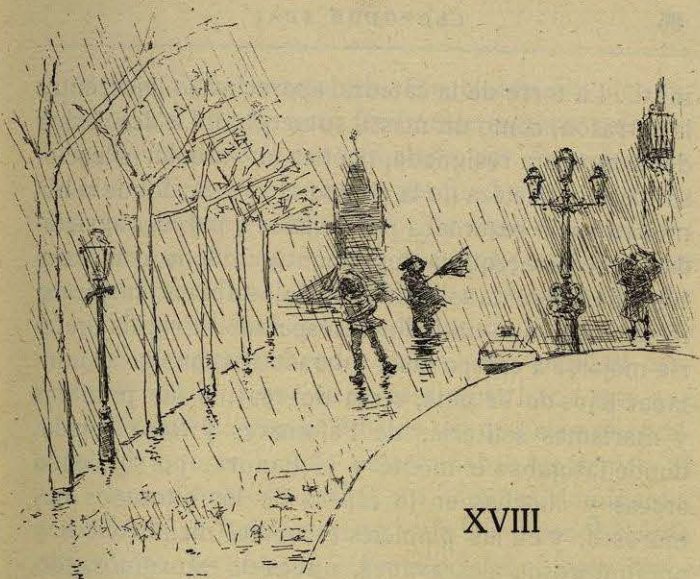
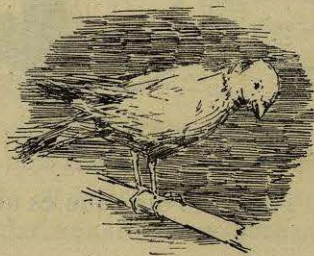
—El gato! el Moreno!...—dijo Frigilis, moviendo la cabeza—qué gato... ni que...

Una sonrisa seráfica iluminó su rostro de repente, y volviéndose á Petra, señaló á la galería con la mano izquierda:

—¡Es mi macho! ¡es mi macho! ¿oyes? estoy seguro... ¡es mi macho!... y tu amo que decía... que su canario... que iba á cantar primero... oyes... oyes? es mi macho, se lo he prestado quince días para que lo viese vencer... es mi macho!

Frigilis olvidó el guante y el gato, y quedó arrobado oyendo el repiqueteo estridente, fresco, alegre del jilguero de sus amores.

Petra escondió en el seno de nieve apretada el guante morado del Magistral.



XVIII

Las nubes pardas, opacas, anchas como estepas, venían del Oeste, tropezaban con las crestas de Corfín, se desgarraban y deshechas en agua, caían sobre Vetusta, unas en diagonales vertiginosas, como latigazos furibundos, como castigo bíblico; otras cachazudas, tranquilas, en delgados hilos verticales. Pasaban, y venían otras, y después otras que parecían las de antes, que habían dado la vuelta al mundo para desgarrarse en Corfín otra vez. La tierra fungosa se descarnaba como los huesos de Job; sobre la sierra se dejaba arrastrar por el viento perezoso, la niebla lenta y desmayada, semejante á un penacho de pluma gris; y toda la campiña entumecida, desnuda, se extendía á lo lejos, inmóvil como el cadáver de un naufrago que chorrea el agua de las olas que le arrojaron á la orilla. La tristeza resignada, fatal de la piedra que la gota eterna horada, era la expresión muda del valle y del monte; la naturaleza muerta parecía esperar que el agua disolviera su cuerpo inerte,

inútil. La torre de la catedral aparecía á lo lejos, entre la cerrazón, como un mástil sumergido. La desolación del campo era resignada, poética en su dolor silencioso: pero la tristeza de la ciudad negruzca, donde la humedad sucia rezumaba por tejados y paredes agrietadas, parecía mezquina, repugnante, chillona, como canturía de pobre de solemnidad. Molestaba; no inspiraba melancolía, sino un tedio desesperado. Frigilis prefería mojarse á campo raso, y arrastraba consigo á Quintanar lejos de Vetusta, cerca del mar, á las praderas y marismas solitarias de Palomares y Roca Tajada, donde fatigaban el monte y la llanura, persiguiendo arceas y chochas en lo espeso de los altozanos nemorosos; y en las planicies escuetas, melancólicos y quejumbrosos alcaravanes, nubes de estorninos, tordos de agua, patos marinos, y bandadas oscuras de peguetas diligentes. Para estas excursiones lejanas, don Víctor contaba con el beneplácito de su esposa. Se salía al ser de día, en el tren correo, se llegaba á Roca Tajada una hora después, y á las diez de la noche entraban en Vetusta silenciosos, cargados de ramilletes de pluma y como sopa en vino. Allá en las marismas de Palomares, don Víctor solía echar de menos el teatro. «¡ Si el tren saliese dos horas antes, menos mal! » Frigilis no echaba de menos nada. Su devoción á la caza, á la vida al aire libre, en el campo, en la soledad triste y dulce, era profunda, sin rival: Quintanar compartía aquella afición con su amor á las farsas del escenario. Frigilis en el teatro se aburría y se constipaba. Tenía horror á las corrientes de aire, y no se creía seguro más que en medio de la campiña, que no tiene puertas.

Crespo tenía bien definida y arraigada su vocación: la naturaleza; Quintanar había llegado á viejo sin saber «cuál era su destino en la tierra», como él decía, usando el lenguaje del tiempo romántico, del que le

quedaban algunos resabios. Era el espíritu del ex-regente, de blanda cera; fácilmente tomaba todas las formas y fácilmente las cambiaba por otras nuevas. Creíase hombre de energía, porque á veces usaba en casa un lenguaje imperativo, de bando municipal; pero no era, en rigor, más que una pasta para que otros hiciesen de él lo que quisieran. Así se explicaba que, siendo valiente, jamás hubiese tenido ocasión de mostrar su valor luchando contra una voluntad contraria. Él sostenía que en su casa no se hacía más que lo que él quería, y no echaba de ver que siempre acababa por querer lo que determinaban los demás. Si Ana Ozores hubiera tenido un carácter dominante, don Víctor se hubiese visto en la triste condición de esclavo: por fortuna, la Regenta dejaba al buen esposo entregado á las veleidades de sus caprichos y se contentaba con negarle toda influencia sobre los propios gustos y aficiones. Aquel programa de diversiones, alegría, actividad bulliciosa, que había publicado á són de trompeta Quintanar, se cumplía sólo en las partes y por el tiempo que á su esposa le parecían bien; si ella prefería quedar en casa, volver á sus ensueños, don Víctor que había prometido y hasta jurado no ceder, poco á poco cedía; procuraba que la retirada fuese honrosa, fingía transigir y creía á salvo su honor de hombre enérgico y amo de su casa, permitiéndose la audacia de gruñir un poco, entre dientes, cuando ya nadie le oía. Los criados le imponían su voluntad, sin que él lo sospechara. Hasta en el comedor se le había derrotado. Amante, como buen aragonés, de los platos fuertes, del vino espeso, de la clásica abundancia, había ido cediendo poco á poco, sin conocerlo, y comía ya mucho menos, y pasaba por los manjares más fantásticos que succulentos, que agradaban á su mujer. No era que Anita se los impusiese, sino que las cocineras preferían agradar al ama, por-

que allí veían una voluntad seria, y en el señor sólo encontraban un predicador que les aburría con sermones que no entendían. Hasta en el estilo se notaba que Quintanar carecía de carácter. Hablaba como el periódico ó el libro que acababa de leer, y algunos giros, inflexiones de voz y otras cualidades de su oratoria, que parecían señales de una *manera* original, no eran más que vestigios de aficiones y ocupaciones pasadas. Así, hablaba á veces como una sentencia del Tribunal Supremo, usaba en la conversaci3n familiar el tecnicismo jurídico, y esto era lo único que en él quedaba del antiguo magistrado. No poco había contribuido en Quintanar á privarle de originalidad y resoluci3n, el contraste de su oficio y de sus aficiones. Si para algo había nacido, era, sin duda, para cómico de la legua, ó mejor, para aficionado de teatro casero. Si la sociedad estuviera constituída de modo que fuese una carrera suficiente para ganarse la vida, la de cómico aficionado, Quintanar lo hubiera sido hasta la muerte y hubiera llegado á *trabajar*, frase suya, tan bien como cualquiera de esos *otros primeros galanes* que recorren las capitales de provincia, á guisa de buhoneros.

Pero don Víctor comprendió que el cómico en España no vive de su honrado trabajo si no se entrega á la vergüenza de servir al público el arte en las compañías de comediantes de oficio; comprendió además que él necesitaba con el tiempo *crear una familia*, y entró en la carrera judicial á regañadientes. Quiso la suerte, y quisieron las buenas relaciones de los suyos, que Quintanar fuera ascendiendo con rapidez, y se vió magistrado y se vió regente de la Audiencia de Granada, á una edad en que todavía se sentía capaz de representar el *Alcalde de Zalamea* con toda la energía que el papel exige. Pero la espina la llevaba en el corazón; reconocía que el cargo de magistrado es de-

licadísimo, grande su responsabilidad, pero él... «era ante todo un artista.» Aborrecía los pleitos, amaba las tablas y no podía pisarlas *dignamente!* Este era el torcedor de su espíritu. Si le hubiese sido lícito representar comedias, quizás no hubiera hecho otra cosa en la vida, pero como le estaba prohibido por el decoro y otra porci3n de serias consideraciones, procuraba buscar otros caminos á la comez3n de ser algo más que una rueda del poder judicial, complicada máquina; y era cazador, botánico, inventor, ebanista, filósofo, todo lo que querían hacer de él su amigo Frigilis y los vientos del azar y del capricho.

Frigilis había formado á su querido Víctor, al cabo de tantos años de trato íntimo, á su imagen y semejanza, en cuanto era posible. Salía Quintanar de la servidumbre ignorada de su domicilio para entrar en el poder dictatorial, aunque ilustrado, de Tomás Crespo, aquel pedazo de su corazón, á quien no sabía si quería tanto como á su Anita del alma. La simpatía había nacido de una pasi3n común: la caza. Pero la caza antes no era más que un ejercicio de hombre primitivo para el aragonés; cazaba sin saber lo que eran las perdices, ni las liebres y conejos, por dentro; Frigilis estudiaba la fauna y la flora del país de camino que cazaba, y además meditaba como filósofo de la naturaleza. Crespo hablaba poco, y menos en el campo; no solía discutir, prefería sentar su opini3n lacónicamente, sin cuidarse de convencer á quien le oía. Así la influencia de la filosofía naturalista de Frigilis llegó al alma de Quintanar por aluvi3n: insensiblemente se le fueron pegando al cerebro las ideas de aquel *buen hombre*, de quien los vetustenses decían que era un *chiflado*, un tontiloco.

Frigilis despreciaba la opini3n de sus paisanos y compadecía su pobreza de espíritu. «La humanidad era mala pero no tenía la culpa ella. El oidium consu-

mía la uva, el *pintón* dañaba el maíz, las patatas tenían su peste, vacas y cerdos la suya; el *vetustense* tenía la envidia, su *oidium*, la ignorancia su *pintón*, ¿qué culpa tenía él?» Frígilis disculpaba todos los extravíos, perdonaba todos los pecados, huía del contagio y procuraba librar de él á los pocos á quien quería. Visitaba pocas casas y muchas huertas; sus grandes conocimientos y práctica hábil en arboricultura y floricultura, le hacían árbitro de todos los *parques* y jardines del pueblo; conocía hoja por hoja la huerta del marqués de Corujedo, había plantado árboles en la de Vegallana, visitaba de tarde en tarde el jardín inglés de doña Petronila; pero ni conocía de vista al Gran Constantino, al obispo madre, ni había entrado jamás en el gabinete de doña Rufina, ni tenía con el marqués de Corujedo más trato que el del casino. Se entendía con los jardineros.—En cuanto las lluvias de invierno se inauguraban, después del irónico verano de san Martín, á Frígilis se le caía encima Vetusta y sólo pasaba en su recinto los días en que le reclamaban sus árboles y sus flores.

Quintanar le seguía, muerto de sueño, encerrado en su uniforme de cazador, de que se reía no poco Frígilis, quien usaba la misma ropa en el monte y en la ciudad, y los mismos zapatos blancos de suela fuerte, claveteada. Se metían en un coche de tercera clase, entre aldeanos alegres, frescos, colorados; Quintanar dormitaba dando cabezadas contra la tabla dura; Frígilis repartía ó tomaba cigarros de papel, gordos; y más decididor que en Vetusta, hablaba, jovial, expansivo, con los hijos del campo, de las cosechas de ogaño y de las nubes de antaño; si la conversación degeneraba y caía en los pleitos, torcía el gesto y dejaba de atender, para abismarse en la contemplación de aquella campiña triste ahora, siempre querida para él que la conocía palmo á palmo.

Ana envidiaba á su marido la dicha de huir de Vetusta, de ir á mojarse á los montes y á las marismas, en la soledad, lejos de aquellos tejados de un rojo negruzco que del agua que les caía del cielo hacía una inmundicia.

«¡Ah, sí! ella estaba dispuesta á procurar la salvación de su alma, á buscar el camino seguro de la virtud; pero ¡cuánto mejor se hubiera abierto su espíritu á estas grandezas religiosas en un escenario más digno de tan sublime poesía! Cuán difícil era admirar la creación para elevarse á la idea del Creador, en aquella



Encimada taciturna, calada de humedad hasta los huesos de piedra y madera carcomida; de calles estrechas, cubiertas de yerba, — yerba alegre en el campo, allí símbolo de abandono, — lamidas sin cesar por las goteras de los tejados, de monótono y eterno ruido acompasado al salpicar los guijarros puntiagudos!...

No se explicaba la Regenta cómo Visitación iba y venía de casa en casa, alegre como siempre, risueña, sin miedo al agua ni menos al fango del arroyo... sin pensar siquiera en que llovía, sin acordarse de que el cielo era un sudario en vez de un manto azul, como debiera. Para Visita era el tiempo siempre el mismo, no pensaba en él, y sólo le servía de tópico de conversación en las visitas de cumplido.

La del Banco, como pajarita de las nieves, saltaba de piedra en piedra, esquivaba los charcos, y de paso, dejaba ver el pié no mal calzado, las enaguas no muy limpias, y á veces algo de una pantorrilla digna de mejor media.—Tampoco á Obdulia el agua la encerraba en casa, ni la entumecía: también alegre y bulliciosa corría de portal en portal, desafiando los más recios chaparrones, riendo á carcajada si una gota indiscreta mojaba la garganta que palpitaba tibia; y era de ver el arte con que sus bajos, con instintos de armiño, cruzaban todo aquel peligro del cieno, inmaculados, copos de nieve calada, dibujos y hojarasca sonante de espuma de Holanda; tentación de Bermúdez el arqueólogo espiritualista.

Notaba Ana con tristeza y casi envidia que en general los vetustenses se resignaban sin gran esfuerzo con aquella vida submarina, que duraba gran parte del otoño, lo más del invierno y casi toda la primavera. Cada cual buscaba su rincón y parecían no menos contentos que Frigilis huyendo á las llanuras vecinas del mar á mojarse á sus anchas.

La Marquesa de Vegallana se levantaba más tarde



si llovía más; en su lecho blindado contra los más recios ataques del frío, disfrutaba deleites que ella no sabía explicar, leyendo, bien arropada, novelas de viajes al polo, de cazas de osos, y otras que tenían su acción en Rusia ó en la Alemania del Norte por lo menos. El contraste del calorcillo y la inmovilidad que ella gozaba con los grandes fríos que habían de sufrir los héroes de sus libros, y con los largos paseos que se daban por el globo, era el mayor placer que gozaba al cabo del año doña Rufina. Oír el agua que azota los cristales allá fuera, y estar compadeciéndose de un pobre niño perdido en los hielos... ¡qué delicia para un alma tierna, á su modo, como la de la señora Marquesa!

—Yo no soy sentimental—decía ella á don Saturnino Bermúdez, que la oía con la cabeza torcida y la sonrisa estirada con clavijas de oreja á oreja—yo no soy sentimental, es decir, no me gusta la sensiblería... pero leyendo ciertas cosas, me siento bondadosa... me enternezco... lloro... pero no hago alarde de ello.

—Es el dón de lágrimas, de que habla Santa Teresa, señora—respondía el arqueólogo; y suspiraba como echando la llave al cajón de los secretos sentimentales.

El Marqués hacía lo que los gatos en Enero. Desaparecía por temporadas de Vetusta. Decía que iba á preparar las elecciones. Pero sus *intimos* le habían oído, en el secreto de la confianza, después de comer bien, á la hora de las confesiones, que para él no había afrodisíaco mejor que el frío. «Ni los mariscos producen en mí el efecto del agua y la nieve.» Y como sus aventuras eran todas rurales, salía el buen Vegallana á desafiar los elementos, recorriendo las aldeas, entre lodo, hielo y nieve en su coche de camino. Y así preparaba las elecciones, buscando votos para un porvenir lejano, según frase picaresca de don Cayetano

Ripamilán, siempre dispuesto á perdonar esta clase de extravíos.

La tertulia de la Marquesa veía el cielo abierto en cuanto el tiempo se metía en agua. Los que tenían el privilegio envidiable y envidiado de penetrar en aquella estufa perfumada, bendecían los chubascos que daban pretexto para asistir todas las noches al gabinete de doña Rufina. ¿Qué habían de hacer sino? ¿Á dónde habían de ir?—En la chimenea ardían los bosques seculares de los dominios del Marqués; aquellas encinas feudales se carbonizaban con majestuosos chirridos. Á su calor no se contaban *antiguas consejas*, como presumía Trifón Cármenes que había de suceder por fuerza en todo *hogar señorial*, pero se murmuraba del mundo entero, se inventaban calumnias nuevas y se amaba con toda la franqueza prosáica y sensual que, según Bermúdez, «era la característica del presente momento histórico, desnudo de toda presea ideal y poética.»—El gabinete no era grande, eran muchos los muebles, y los contertulios se tocaban, se rozaban, se oprimían, si no había otro remedio. ¿Quién pensaba en los aguaceros?

En las reuniones de segundo orden, que abundaban en Vetusta, la humedad excitaba la alegría; cada cual se iba al agujero de costumbre y era de oír, por ejemplo, la algazara con que entraban en el portal de la casa de Visita «los que la favorecían una vez por semana honrando sus salones,» que eran sala y gabinete; eran de oír las carcajadas, las bromas de los tertulios guarecidos bajo los paraguas que recibían con estrépito las duchas de los tremendos *serpentones* de hojalata... Todos despreciaban el agua, pensando en los placeres esotéricos de la lotería y de las charadas representadas.

—En cuanto al «elemento devoto de Vetusta,» (frase del *Lábaro*) se metía en novenas así que el tiempo

se metía en agua. El elemento devoto era todo el pueblo en llegando el mal tiempo, y hasta los socios *del Viernes santo*, unos perdidos que se juntaban durante la Semana de Pasión á comer de carne en la fonda, hasta esos acudían al templo, si bien á criticar á los predicadores y mirar á las muchachas. Este fervor religioso de *Vetusta* comenzaba con la Novena de las Animas, poco popular, y la muy concurrida del Corazón de Jesús, no cesando hasta que se celebraba la más famosa de todas, la de los Dolores, y la poco menos favorecida de la Madre del Amor Hermoso, en el florido Mayo, esta última. Pero además de las Novenas tenían las almas piadosas otras muchas ocasiones de alabar á Dios y sus santos, en solemnidades tan notables como las fiestas de Pascua y las de Cuaresma, especialmente en los Sermones de la Audiencia, pagados por la Territorial todos los viernes de aquel tiempo santo y de meditación, según Cármenes.

El temporal retrasó no poco el cumplimiento de aquel plan de higiene moral, impuesto suavemente por don Fermín á su querida amiga. Ana aborrecía el lodo y la humedad; le crispaba los nervios la frialdad de la calle húmeda y sucia, y apenas salía del sombrío caserón de los Ozores. Había confesado otras dos veces antes de terminar Noviembre, pero no se había decidido á ir casa de doña Petronila, ni el Magistral se atrevió á recordarle aquella cita. El Gran Constantino sabía ya por su querido y admirado señor De Pas, quien la visitaba más á menudo ahora, que doña Ana deseaba ayudarla en sus santas labores y en la administración de tantas obras piadosas como ella dirigía y pagaba sabiamente.

—«¿Cuándo viene por acá ese ángel hermosísimo?»
—preguntaba el obispo madre, en estilo de novena, cargado de superlativos abstractos.

Las beatas que servían de cuestores de palacio en

el del Gran Constantino, las del *cónclave*, como las llamaba Ripamilán, esperaban con ansiedad mística y con una curiosidad maligna á la nueva compañera, que tanto prestigio traería con su juventud y su hermosura á la piadosa y complicada empresa de salvar el mundo en Jesús y por Jesús; pues nada menos que esto se proponían aquellas devotas de armas tomar, militantes como coraceros.

Pero Ana, sin saber por qué, sentía una vaga repugnancia cuando pensaba en ir á casa de doña Petronila; le parecía mejor ver al Magistral en la iglesia; allí encontraba ella el fervor religioso necesario para confesar sus ideas malas, sus deseos peligrosos. El Magistral comenzó á impacientarse; la Regenta no subía la cuesta, persistía en sus peligrosos anhelos panteísticos, que así los calificaba él, se empeñaba en que era piedad aquella ternura que sentía con motivo de espectáculos profanos, y declaraba francamente que las lecturas devotas le sugerían reflexiones probablemente heréticas, ó por lo menos, poco á propósito para llegar á la profunda fe que el Magistral exigía como preparación absolutamente indispensable para dar un paso en firme. Otras veces los libros piadosos la hacían caer en somnolencia melancólica ó en una especie de marasmo intelectual que parecía estupidez. En cuanto á la oración, Ana decía que recitar de memoria plegarias era un ejercicio inútil, soporífero, que le irritaba los nervios; las repetía cien veces, para fijar en ellas la atención, y llegaba á sentir nauseas antes de conseguir un poco de fervor... «Nada, nada de eso; no hay cosa peor que rezar así, respondía el Magistral; á la oración ya llegaremos; por ahora en este punto basta con sus antiguas devociones.» Y, aunque temiendo los peligros de la fantasía de Ana, por no perder terreno, tenía que dejarla abandonarse á los espontáneos arranques de ternura piadosa que venían sin saber cómo, á

lo mejor, provocados por cualquier accidente que ninguna relación parecía tener con las ideas religiosas. El miedo á las expansiones naturales de aquel espíritu ardiente le había hecho cambiar el plan suave de los primeros días por aquel otro expuesto en el Cenador del Parque, más parecido á la ordinaria disciplina á que él sometía á los penitentes; pero ya veía don Fermín que era preciso volver á la blandura y dejar al instinto de su amiga más parte en la ardua tarea de ganar para el bien aquellos tesoros de sentimiento y de grandeza ideal. Este sistema de la cuerda floja retrasaba el triunfo, pero le permitía á él presentarse á los ojos de Ana más simpático, hablando el lenguaje de aquella vaguedad romántica que ella creía religiosidad sincera, y no pasaba de ser una idolatría disimulada, según don Fermín. No, él no se dejaba seducir por panteísmos, aunque fuesen tan bien parecidos como el de su amiga.

De lo que él estaba seguro era del efecto profundo y saludable que en semejante mujer tenían que producir las bellezas del culto el día en que ella las presenciara con atención y dispuesto el ánimo á las sensaciones místicas por aquella excitación nerviosa, de cuyos accesos tantas noticias tenía ya el confesor diligente.

Cuando ella volvía á hablarle de aburrimiento, del dolor del hastio, de la estupidez del agua cayendo sin cesar, él repetía: «Á la iglesia, hija mía, á la iglesia; no á rezar; á estarse allí, á soñar allí, á pensar allí oyendo la música del órgano y de nuestra excelente capilla, oliendo el incienso del altar mayor, sintiendo el calor de los cirios, viendo cuanto allí brilla y se mueve, contemplando las altas bóvedas, los pilares esbeltos, las pinturas suaves y misteriosamente poéticas de los cristales de colores...» Poca gracia le hacía á don Fermín esta retórica á lo Chateaubriand; siempre había creído que recomendar la religión por su her-

mosura exterior, era ofender la santidad del dogma, pero sabía hacer de tripas corazón y amoldarse á las circunstancias. Además, sin que él quisiera pensar en ello, le halagaba la esperanza de encontrar á menudo en la catedral, en las Conferencias de San Vicente, en el Catecismo, á su amiga, que allí le vería triunfante luciendo su talento, su ciencia y su elegancia natural y sencilla.

Pero cada día era mayor la repugnancia de Anita á pisar la calle; la humedad le daba horror, la tenía encogida, envuelta en un mantón, al lado de la chimenea monumental del comedor tétrico, horas y horas, de día y de noche. Don Víctor no paraba en casa. Si no estaba de caza, entraba y salía, pero sin detenerse; apenas se detenía en su despacho. Le había tomado cierto miedo. Varias máquinas de las que estaba inventando ó perfeccionando se le habían sublevado, erizándose de inesperadas dificultades de mecánica racional. Allí estaban, cubiertos de glorioso polvo, sobre la mesa del despacho, diabólicos artefactos de acero y madera, esperando en posturas interinas á que don Víctor emprendiese el estudio *serio* de las matemáticas, de todas las matemáticas, que tenía aplazado por culpa de la compañía dramática de Perales. En tanto Quintanar, un poco avergonzado en presencia de aquellos juguetes irónicos, que se le reían en las barbas, esquivaba su despacho siempre que podía, y ni cartas escribía allí. Además, las colecciones botánicas, mineralógicas y entomológicas yacían en un desorden caótico, y la pereza de emprender la tarea penosa de volver á clasificar tantas yerbas y mosquitos también le alejaba de su casa. Iba al casino á disputar y á jugar al ajedrez; hacía muchas visitas y buscaba modo de no aburrirse metido en casa. «Mejor,» pensaba Ana sin querer. Su don Víctor, á quien en principio ella estimaba, respetaba y hasta quería todo lo que era menester, á su juicio, le